

## GERMAN ALVAREZ DE SOTOMAYOR

### TESTIMONIOS

*Nos abandonó —con su fe— hacia un mundo más feliz mi entrañable amigo Germán Álvarez de Sotomayor. Era, en la España de nuestros días y en su confusión, entre confusos, confundidos y confusionarios —éstos, la peor secta, porque engendran y viven de la confusión—, un ser humano claro, lleno de luz. Representaba la perviviente «encarnación del Alzamiento Nacional». No del «franquismo»; tampoco precisamente del falangismo, ni del mensaje joseantoniano. Sí, repito, de la ilusión, del valor cívico y militar, la responsabilidad de acabar con el marxismo y levantar una nueva España, que constituyeron la médula del «Alzamiento». Todo lo demás, políticamente, le resultaba ajeno.*

*A través de las páginas, de prosa fluida y vibrante, de su libro Relatos apasionados de un tiempo de guerra, recién publicado, se trasluce lo que acabo de formular. También, el que fue un gran hombre de familia y un gran hombre de sociedad. Apenas, que, asimismo, fue un excelente profesional de la Arquitectura.*

*Su energía vital borraba lo indeciso, lo turbio, todo aquello que no era claro y limpio. Pero su recuerdo nadie lo podrá borrar. Queda como el de un ejemplar cristiano, modélico para el futuro.*

VÍCTOR D'ORS

## A Germán.

En silencio, ¡presente! respondiste  
—como siempre— al instante, aunque aquel fuera  
el último latido de tu vida;  
y en tu pecho brillaron, orgullosas,  
prendidas en tu carne, las medallas  
de largos sufrimientos, aceptados  
como un servicio más, como una guardia  
al pie de los luceros.

¿Qué te hizo levantar? ¿A qué llamada  
acudiste, cuadrándote? ¿Qué oíste?

¿Una orden, un himno, un ¡bienvenido!?

¿Quién estaba, Germán, tras esa puerta  
de luz que se te abrió en eternidades?

Respondiste al instante —como siempre—,  
cuerpo y alma ofrecidos

(¡qué poco ya de aquél, qué grande el alma  
trascendiendo en dolor que tú abrazabas  
para darlo, hecho amor, en torno tuyo!).

Te ganaste tu Cielo, día tras día,

te tornaste ejemplo vivo y cálido

y aunque tiempos de guerra ya no eran,  
como siempre al instante respondiste.

Por eso sé, Germán, que a ti que, entonces,

tu vida a Dios y a España generoso

supiste ofrecer, ha sido El mismo

quien te vino a decir: Germán, descansa,  
ya sufriste mi Amor, vente conmigo.

JAVIER IRAOLA

## Memoria de todo un hombre.

Conoci a Germán Sotomayor hace unos veinte años cuando,  
por su edad, entraba ya en los umbrales de la ancianidad. Se  
dice que en las edades maduras no se anudan amistades como en

la juventud o en la infancia. La amistad de Germán refuta para mí esa idea. Cultivé su amistad con fruición espiritual hasta sus últimos días en que, ya octogenario, desabuciado en su enfermedad y consciente de su fin me estrechó por última vez sus manos.

Sin embargo, nunca lo vi —ni puedo evocarlo en mi memoria— como un anciano. Porque su carácter jamás reflejó rasgo alguno de los que marcan la senectud. Germán rezumaba vitalidad, alegría, virilidad. Sus palabras, su sola presencia, confortaban, infundían seguridad y aliento. Físicamente hubiera sido un atleta, un campeón deportivo, si la guerra no le hubiera dejado grave mutilación en una pierna. Pero lo más llamativo en él era la fortaleza de su carácter, su impulso y magnanimidad ante cualquier evento. Yo imagino de esa naturaleza a los descubridores españoles que alcanzaron a dominar los confines de la tierra.

La misma mutilación truncó su vocación juvenil que era la de marino. Pero, como acontece a los hombres de tal empuje y genialidad, supo descollar en la profesión de arquitecto de la que quedan como testimonio múltiples y notables edificios.

Del género de su vocación primera —el mar y la aventura— son las memorias que nos ha dejado en un libro casi póstumo cuyos primeros ejemplares vio pocos días antes de morir: Relatos apasionados de un tiempo de guerra. En él se revela, además, como gran narrador y novelista. Son la historia de una difícil supervivencia, afrontada con espíritu heroico durante nuestra Guerra de Liberación. Relato sobrio y a la vez amenísimo en que el autor nunca se hace protagonista central de los hechos, ni narra sus vivencias interiores, sino que procura atribuir el acierto de las decisiones y la habilidad en los trances a otras personas, sobre todo a su mujer.

Sólo en un momento fugaz nos hace parte de su intimidad: allí cuando, naufrago del «Castillo de Olite» frente a las costas de Cartagena, se ve solo, desangrándose por sus heridas y rodeado de cadáveres y de los gritos de los que se abogan. Es entonces, en la tentación de abandonarse a una muerte que ve cierta, cuando comprende el sentido de la vida y percibe la presencia

de Dios que se la ha otorgado. Ello le aclara su deber: nadar desesperadamente hasta el extremo de sus fuerzas —con sólo un brazo y una pierna—, y luchar contra el desvanecimiento inminente. Y así logra alcanzar la playa del faro donde cae sin conocimiento. Desde entonces su vida estará marcada por el fervor religioso y por un compromiso activo con la causa de la fe.

Recuerdo cómo en mis últimas visitas, postrado ya por la enfermedad mortal, era él quien tomaba la palabra a pesar de su debilidad, y siempre en tono amistoso y alegre, sin aludir nunca a su situación ni a sus dolores. En la última de estas visitas estaba ya convencido del desenlace irremediable, inmediato. Le dije que, como en 1939, tenía que nadar sin abandonar. El me contestó que ya no había la esperanza remota que entonces hubo. Su lucha en los últimos días fue para que no le suministraran calmantes ni morfina que aliviasen el momento de los grandes dolores. Como en medio del mar, desangrándose, quiso mantener hasta el extremo la consciencia de la vida que de Dios había recibido.

Pocas lecturas más estimulantes y apasionadoras que estas memorias, fiel reflejo de un alma grande que fue probada en los trances más difíciles, y que supo ser fiel, hasta el último aliento, a los dones recibidos.

RAFAEL GAMBRA

### Un hombre cabal.

En la generación de españoles que nacieron a la vida activa en los años treinta se encuentran personas de una talla moral fuera de lo corriente. El enfrentamiento con una de las más tristes circunstancias históricas de España dio a muchas de ellas un temple que no se puede adquirir en tiempos de comodidad, de indiferencia y de pérdida de valores religiosos, éticos y patrióticos como los que ahora estamos atravesando.

Cierto es que no toda aquella generación se salva; mucha de ella se perdió luego en los vericuetos de una paz no ganada a pulso, de una comodidad excesiva o, años más tarde, en la acomodación a circunstancias muy lejos —incluso en los antipo-

das— de aquel ideario que templó espíritus, aceptó sacrificios y, en suma, forjó hombres como luego no hemos vuelto a tener.

Quienes —como quien esto escribe y por más jóvenes— les seguimos inmediatamente hemos tenido en aquellos que han perseverado en sus ideales juveniles un permanente ejemplo y estímulo. Como contrapartida hemos asistido también a demasiadas defecciones, abandonos, tornavuelas e incluso perjurios como para estar curados de espanto.

Pues bien, nos acaba de abandonar un ejemplo espléndido de esos esforzados caballeros españoles que tantos méritos para con Dios, para con la Religión y para con la Patria acumularon, primero con su intento generoso e imposible de resolver por la vía política e intelectual el drama que se le venía encima a nuestra Patria; luego, con el recurso, triste pero necesario, a las armas, y, más tarde, perseverando en la buena vía y manteniendo, en todo caso y circunstancia, la defensa con el ejemplo y con la pluma de la concepción cristiana del hombre y de toda la vida social, singularmente la política. Me refiero, ya lo habréis comprendido, a nuestro querido e inolvidable Germán Alvarez de Sotomayor.

Antes de iniciar su viaje a la presencia del Señor, Germán ha querido dejarnos, como legado que viene a unirse a su ejemplo permanente, lo que él llamó *Relatos apasionados* de un tiempo de guerra, libro en el que, además de revelarse como un elegante y ameno narrador, aparece sin proponérselo la semblanza de unas personas que, en lucha con la adversidad y la persecución, la vencen sin más armas que su fe en Dios, su valor y su inteligencia.

¡Admirable vida y espléndido ejemplo! Quienes fuimos sus amigos recordaremos siempre su entusiasmo juvenil ante las buenas causas, su indignación ante las continuas violaciones del orden moral a que asistimos cotidianamente; su sencillez de niño grande y, a la vez, su tremenda fortaleza física y moral. Aquella le hizo posible sobrevivir en la guerra y su reciedumbre espiritual le permitió no solo resistir sin doblegarse y sin quebrantarse jamás los halagos y amenazas a que otros sucumbieron, sino

*seguir hasta el fin de su vida mortal un ejemplo permanente para quienes tuvimos la fortuna de conocerle de cerca y tratarle como amigo.*

*Hemos perdido al hombre pero no su ejemplo de vida cristiana. Su recuerdo nos acompaña como nuestras oraciones queremos que le acompañen a él ante el Señor.*

*Era, queda dicho, un hombre cabal.*

ARMANDO MARCHANTE GIL

*Vida forjada en la lucha y la victoria, vivo testimonio de Cristo en la Cruz Redentora.*

*Todos guardamos en lo más íntimo de nuestros corazones recuerdos inolvidables de Germán. Y todos convergen en un mismo punto: su vida ejemplar, cargada de un intenso amor hacia todos y cada uno de nosotros, movido por su profunda unión a Dios, con quien goza ya de una bien merecida compañía gloriosa.*

*Su persona rezumaba señorío por todos los poros de la piel. Nació, vivió y murió como un auténtico señor, todo un caballero del siglo XX — y casi del siglo XXI—. Su mismo nombre: Germán, denotando el claro origen germánico de las razas asentadas en su amada tierra gallega, nos sitúa ante lo que él mismo fue durante toda su vida: Her-man, es decir, Señor-Hombre (hombre del Señor o señor del Hombre), y cumplió como nadie con las obligaciones que tal título le confería.*

*Buena prueba de ello lo testimonia cada momento de su intensísima vida y, sobre todo, su hora cumbre: su muerte.*

*Duros y largos años de arduo-árido peregrinar la precedieron. Inquebrantable, su barco iba de puerto en puerto, navegando solitario en medio del mar, firmemente amarrado a sus profundidades. El mal tiempo no arredraba su viejo espíritu de lobo de mar... El temporal se desencadenó, levó anclas y se arrojó en medio del oleaje, «sin claudicación de su voluntad, sin miedo». Y así llegó, una vez más, a buen puerto, con el orgullo de haber cumplido con su misión; ya podía descansar; y con la ma-*

por naturalidad entregó su carga y procedió a reparar el pobre casco del barco, maltrecho durante la última travesía... Nueva-mente cargaba la bodega y su barco se hacía a la mar... De ese modo nos fue dejando, en cada puerto, sus obras, trocitos de su gran amor, y algo más... casi sin proponérselo, tan solo viéndole al timón nos estaba enseñando a navegar.

Y llegó el momento cumbre. La noche se acercaba, pero él vio llegar a lo lejos a su Señor; llevaba tiempo esperándole. Al sentir su Presencia junto a él, y despojado ya de toda energía vital, nos hizo apartarnos y él solo se alzó de la cama y se cuadró ante su Presencia, con toda la dignidad y serenidad de aquel caballero que, orgulloso de su misión cumplida, presenta los honores de sus conquistas a su Señor... «Se presenta Germán Sotomayor...». Una vez más, la última, le había tendido su mano desnuda, y agarrándole fuertemente, ya para siempre, el Señor le envolvió en su Espíritu Vencedor.

Germán tenía que morir, era necesario que nos dejara para que nosotros descubriéramos lo mucho que había hecho, cuánto había sufrido y cuánto nos había dejado como herencia; pero, ante todo, cuál era la causa primera de su hombría, cuál su finalidad. Seguro de que «todo tenía su razón de ser» y reconociendo que, como humano, nunca podría perforar el misterio que le rodeaba, tuvo que abandonar la mar y despertar en su gloriosa nueva vida, donde la luz de la Verdad inunda cuanto toca. El sabe que esa luz poderosa nos ciega, es demasiado intensa para nuestros débiles ojos, y por eso nos ha abierto una rendijita para que podamos contemplar toda la maravilla del amor divino, eterno. Desde la cercanía del Padre nos susurra: «venid, en esta luz está la Verdad, el Amor, el origen y el fin de toda realidad, y también de mi propia realidad». Increíblemente, está ahora mucho más cerca de nosotros de lo que lo había estado antes, pues al no tener otras preocupaciones, puede dedicarse totalmente a cada uno, intercediendo también por nuestra causa ante el Todo-Poderoso, al que ve diariamente cara a cara.

Es extraordinario percibir, a través de la claridad de la nueva luz, las huellas de Dios en las realidades concretas, materia-

les, que nos rodean; ¡cómo resuenan ahora las voces del Creador en nuestras vidas, junto a su cuerpo sin vida, y en nuestros corazones, junto a su espíritu vivo! Germán, ejercitando con toda naturalidad las virtudes de un auténtico cristiano, se convirtió en un probado testimonio, espejo vivo de Cristo en este mundo.

Todo adquiere ahora pleno sentido y nos lleva a su causa primera, Dios. Y nos maravilla cómo se las ingenió el Señor para hacer de este hijo suyo ese vaso-fuente de vida pura, rebosante de amor, que desparra por todos los costados.

Su cuerpo ha regresado a su terruño y, junto a él, todo el bagaje —increíblemente ligero— acumulado durante sus más de ochenta años, vividos a pleno pulmón. Ya forma parte del «humus histórico» de Sergude, cuna de sus antepasados, que condicionó plenamente su vida, fruto privilegiado de la semilla allí depositada. Con ello desea que las generaciones que le siguen, y seguirán, broten también —junto a su sombra— como aquellos «arbolitos ventureiros, nacidos de semillas que volarán lejos con el viento, independientes del sembrador».

Un estandarte de Esperanza ondea  
en fresca mañana del  
joven hombre 2000.  
Una vieira compostelana  
rezuma juventud sin fin.

La familia entera se une a todos vosotros, sus amigos y fieles compañeros, para agradecer a Dios el enorme privilegio que nos concedió ofreciéndonos la compañía, el ejemplo y la intercesión de Germán. Ahora, él nos ha pasado el relevo a las jóvenes generaciones —y a las no tan jóvenes—. Te pedimos, amantísimo Padre, que nos ayudes a completar la carrera; la victoria ha de ser nuestra.

Gracias de todo corazón.

«Ama et fac quod vis» (San Agustín)

MARÍA BRUNET ALVAREZ DE SOTOMAYOR